

GEORGES LAPLACE (Pau 1918 – Pau 2004)

«En ciencia, la autosatisfacción es la muerte: la autosatisfacción personal es la muerte del sabio; la autosatisfacción colectiva es la muerte de toda investigación» es la cita de J. Monod con la que en 1968 encabezaba G.Laplace una de sus presentaciones del planteamiento analítico: constituye una muy directa declaración de intenciones de su denso (y tan influyente) sistema de reflexión. La aplicación del razonamiento —mediante análisis y desde una consistente asimilación del método materialista dialéctico— fue el instrumento con el que Laplace encaró la comprensión de los «complejos» culturales de la Prehistoria.

En su curriculum oficial ha de constar: a, que fue un *maître de recherches* del C.N.R.S. singular, pues trabajó prácticamente en solitario o «aislado» (de prestado en un museo regional de Arudy o en su casa de Coarraze; junto a su mujer Delia Brusadin o con algún colaborador más inmediato —lo han sido, entre otros, G. Marsan, R. Vilain, F. Levêque, M. Livache o A. Sáenz de Buruaga—), es decir, sin el «marco» de un colectivo oficial (en edificio, biblioteca, laboratorio o equipo humano amplio de colaboradores y becarios) que arropara/institucionalizara su propio puesto de trabajo; y b, que se mantuvo alejado del ejercicio habitual de una docencia académica superior (salvo eventuales cursos de especialización en la Universidad de Pau).

Una profunda unidad en su razonamiento científico traba indisolublemente reflexión y praxis sobre el trabajo de Campo y sobre las posibilidades del análisis de Materiales, ofreciendo brillantísimas referencias para desvelar (al menos, interpretar) los procesos de Cultura.

En las crónicas sobre **metodología del trabajo de campo** se reconoce la excepcional importancia del control, por coordenadas cartesianas, de todo el proceso de excavación. Lo aplicó/experimentó sistemáticamente en sus propias intervenciones (con el caso primero del sitio aziliense de Lurbe, que publica en 1949); lo formuló (con L.Meroc) al detalle (en el boletín de la Sociedad prehistórica francesa, en 1954); y resulta hoy, con aplicaciones matizadas (no siempre cabales), un excelente sistema (imprescindible para un análisis estratigráfico de garantía) de percepción topográfica de la disposición de un yacimiento prehistórico.

El listado de su dilatada aplicación al trabajo de campo se abre con las colaboraciones de sus primeros años de investigador (avanzados los años 40) en las campañas de excavación de los yacimientos paleolíticos de Oxocelhaya (dirigida por J.M. de Barandiarán), Arcy-sur-Cure (por A.Leroi-Gourhan), Montmaurin (por L. Méroc), Pech de l'Aze (por F. Bordes; donde Laplace introdujo los principios de la planimetría cartesiana) y diversas prospecciones en el Pirineo (con P. Boucher). Y se extiende en las excavaciones y prospecciones que él dirigió a lo largo de las tres décadas posteriores en sitios muy importantes del Capsiense y concheros del Maghreb (como Uchtata, Ain Kuka o Faid Suar II en Túnez) y, sobre todo, del Paleolítico y Mesolítico del Pirineo (Lurbe, Poeymaü, Gatzarria, Bignalats —con G. Marsan— u Olha II) y otras regiones de Francia (La Rochette en Vienne). No se puede olvidar, por otra parte, el descubrimiento y valoración de algunas manifestaciones de arte rupestre pirenaico en las cuevas suletinas de Etcheberri (con P. Boucher) y Xaxixiloaga.

Su desarrollo de **un sistema de tipología analítica** atiende, mediante un análisis racional, todos los caracteres de las manufacturas talladas de piedra. Y así decide denominarlo sistemático o

analítico en aquellos cuatro textos primeros que, avanzando los años cincuenta, abren el denso argumento que innova tan profundamente los estudios sobre la Prehistoria leptolítica en la segunda mitad del pasado siglo. En estos textos se despliegan, con su orden de siempre y el muy envidiable talante didáctico de sus publicaciones y presentaciones orales, los estadios en que progresa y se consolida su reflexión: se ofrecen primero (en el boletín de la Sociedad prehistórica francesa, de 1954) las posibilidades de la «aplicación de los métodos estadísticos» al estudio de manufacturas líticas del Mesolítico, precisándose pronto (en otra entrega del mismo boletín, de 1956) los principios de una «tipología estadística» y su eficacia para determinar los «procesos de evolución de tales complejos de láminas y laminitas»; se explica luego (en Quaternaria, de 1957) el detalle de la «tipología analítica» como «nuevo método de estudio de formas y estructuras industriales»; y se ofrece por fin (en el boletín de la Sociedad de investigaciones prehistóricas de Les Eyzies, en 1960) una propuesta de «lista de los tipos primarios y de los grupos tipológicos».

En suma, pretende (según aquel texto de 1957) una «tipología analítica apta para «caracterizar separadamente» (lit. *dégager*) los grandes *complejos industriales*, para estudiar los mecanismos de su evolución interna y los fenómenos de mutación que permitan agruparlos en familias y para intentar precisar las leyes de la evolución de las formas y de las estructuras». Y se «esfuerza, así (según otro texto de 1968), por elaborar una terminología válida para todas las industrias en general, independientemente de su forma y de su distribución... estudiando las *formas* y las *asociaciones de formas características*».

Tal método de análisis e interpretación había de ser aplicado por él mismo a numerosas series del Paleolítico europeo y norteafricano tan importantes como las de los sitios de Riparo Mocchi/Grimaldi, Palidoro, Romanelli, Arene Candide, Willendorf II, Krems Hudstteig, Abeilles, Lanne-mezan, Gatzarria, Barranc Blanc, Afalu bu Rhummel, Sidi Mansur o en el tunecino abrigo 402, ...

En el ámbito de **una interpretación de los procesos de Cultura** nos ha dejado G.Laplace un denso listado de reflexiones lúcidas y altamente penetrantes sobre, por ejemplo: las familias filéticas (en) que (se) explican los complejos industriales y conducen a la comprensión de sus centros genéticos y basan sus hipótesis del sintetotipo con la dinámica de sus fases (pre-apogeicas, apogeicas y post-apogeicas que, tras la diferenciación, producen sus segregación/especializaciones); las nociones fundamentales sobre polimorfismos (culturales) de base y sobre ciclos (de paisaje) ombrotérmicos; las ricas aplicaciones a la explicación del complejo (el sintetotipo) auriñaciense, de los centros (los «hogares») del Solutrense y su proceso de asentamiento/diferenciación («solutreanización»), de los mecanismos y vectores «de azilianización», o de las variantes regionales del Tardigravetiense; etc.

Muy cuidadoso en conceptos y vocablos, le debemos también aportaciones de léxico y, sobre todo, de contenido extremadamente afinadas. Su lenguaje sutil recurre a (recupera) términos que, viniendo de más antiguo, a menudo habrían sido desgastados por un uso inapropiado y sustituidos por otros más de moda (que Laplace, con razón, cree demasiado genéricos, imprecisos o no exactamente pertinentes) relanzando los de «Leptolítico» (por «Paleolítico Superior/Epipaleolítico» o por «Paleomesolítico») o «Paletnología» (por el genérico —¡tan amplio y ambiguo!— de Prehistoria). Y ha definido con gran finura crítica, concretando sus límites cronoculturales y de expansión espacial, el Arudiense pirenaico o el «Tardigravetiense» de los complejos del «Epigravetiense franco-cantábrico».

Resulta admirable su entrega a la **transmisión de conocimiento muy especializado** al margen de los cauces académicos convencionales: como «por libre». Ante su trascendencia en la renovación de sistemas de percepción en Prehistoria, no es adecuada, por simple, la pregunta de si existe una «escuela (= «un sistema») de Laplace»: término que él aborrecía, sólo compensado por la atención de cuantos se acercaron a sus textos y a escuchar directamente sus opiniones para conocerlas y discutir las contribuyendo al mutuo enriquecimiento del análisis.

Durante una veintena de años acogió a muchos investigadores (básicamente franceses, italianos y españoles) en los decisivos seminarios de tipología analítica (los «coloquios») en el centro de Estratigrafía paleontológica de Arudy (de frecuencia estival continua desde 1969 hasta 1987; con alguna sesión foránea, como la de Morella); los completan inmediatamente los textos de extensión de la metodología dialéctica aportados por varios en los volúmenes paralelos a aquellos coloquios de «Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique» (editados bajo la responsabilidad de Delia Brusadin en Coarraze, entre 1973 y 1987). También expuso G. Laplace sus reflexiones en variados géneros de especialidad (ciclos de conferencia/discusión y enseñanza de los criterios del análisis) que impartió con mayor continuidad en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Pau (durante la década de los años 70: de los que provienen sus densos apuntes sobre Geología cuaternaria y Paleontología estratigráfica), en citas de la «Universidad Vasca» de Bayonne y en animados seminarios en las universidades de Roma, Florencia, Siena, Ferrara o en la del País Vasco (con sendos cursos, aquí en Vitoria, en 1983, 1985 y 1986).

En su extendida producción escrita algunos destacan su más densa obra en paginación (publicada en 1966) demostrando sus observaciones sobre el origen y evolución de los complejos leptolíticos. Muchos admiramos, más bien, el conjunto impresionante de toda su dilatada reflexión (en tanta circunstancia... y año tras año hasta este último de su vida) en que ha venido desplegando (explicando, autocriticándose y ofreciendo nuevas perspectivas) su sistema de aproximación a aquellas formas culturales.

Dos series periódicas ajenas se han dedicado a acoger la documentación de base aportada por la tipología analítica de materiales (el «Archivo de Tipología Analítica» publicado en Siena, entre 1973 y 1990 por el Istituto di Antropologia e Paleontologia umana de su Universidad, con la coordinación de P. Gambassini) y a extender la reflexión sobre el sistema aplicado al análisis estratigráfico y a la comprensión de la dialéctica de los depósitos (la publicación «Krei» que se edita en Vitoria desde 1996 bajo la responsabilidad de A. Sáenz de Buruaga).

No fue prehistoriador del común. Cuando se miden hoy en Arqueología los *curricula* y el éxito profesional por el número de apariciones y/o protagonismos en congresos, en la gestión de programas interdisciplinares y costosos o en la aparición/eco (¡tantas veces determinado/dosificado por cada interesado en su propio *marketing!*) Laplace fue la excepción de todos, como referente ético aparentemente para unos pocos (¿tan pocos?) y como pensador crítico siempre.

Recordamos a G. Laplace como hombre decidido que no cedió a modas (tan propias de este tiempo post-moderno) ni a presiones mediáticas e institucionales. Se ha dicho injustamente de él que no fue persona de trato fácil y que pagó su peaje en un aparente aislamiento. De cierto ha de asegurarse que a nadie que se aproximara a él le pudo dejar indiferente: con su talante crítico, austero, profundamente cordial y exaltado, nada amigo de protocolos. Reconoció entre quienes más le ayudaron en su formación como arqueólogo a los eminentes franceses H. Breuil, E. Patte y H.-V. Vallois y al italiano A.C. Blanc. Y son muchos quienes han (hemos) sido influidos por su talante reflexivo y por su requerimiento a aplicar una percepción analítica muy precisa a los hechos (depósitos, elementos de la Cultura material y comportamientos sociales) de la Prehistoria: son (somos) sus amigos, es decir quienes aprendieron de sus opiniones y disfrutaron de esos matices que obligan a cuestionarse tantos tópicos tan fácilmente establecidos por cómodos.

IGNACIO BARANDIARÁN